

## TEXTO DE PRESENTACION. INAUGURACION DE RE-ENCUENTROS

Hurgando en obras pararelas, RE-ENCUENTROS, la exposición que hoy inauguramos, halla sus razones de ser, en el punto donde el juicio se trastorna y busca vías según las cuales, los discursos divergen.

El criterio que ha unido dos presencias significativas -la de Anamaria McCarthy y la de Elsa Mora- parte del muy elaborado concepto planteado por la curadora de la muestra o -mejor- de las muestras; Magda Ileana Gonzáles-Mora quien, ejerciendo plenamente sus funciones de demiurgo, convoca al rito propiciador de la metáfora. Así se revela la profunda intimidad de las relaciones que afloran luego de un largo pasaje a través del complejo plano del subconsciente.

Huyendo del camino trillado se consiguió, por las vías de la activación de muy especiales sensibilidades, establecer el espacio donde se desate un proceso capaz de inducir signos creativos que, en modo alguno se superponen y -mucho menos- se complementan.

Al margen de búsquedas de afinidades externas cúmplese, creo que brillantemente, en lo recóndito, el objetivo de aunar voluntades expresivas que, estando ahí, a la vista, difícilmente habrían encontrado cauce para el contacto. Convocar, sugerir, verter en un mismo espacio, meditaciones que a sotto voce o a voz en cuello, dos mujeres han venido formulando, no es escaso mérito de esta realización que, de manera sutilísima, desfasa intencionadamente líneas de crecimiento humano que convergen justamente cuando eluden su posible identidad.

Difícil, difícilísimo supongo el esfuerzo que cuaja en un producto donde la sugerencia es umbral que debe atravesarse para ingresar al feérico universo en el cual todo raciocinio se extravía, ansioso de la intensa luz propia de la fantasía y la introspección.

Las aquí elásticas aproximaciones a determinado medio -el fotográfico- fueron manipuladas por las artistas para, siguiendo métodos tan contrapuestos como válidos, indicar lo engañoso de "lo real" y aquello que es comúnmente aceptado. Cada una rigurosa técnica y penetrante observadora, las dos respetan aquel lógico sistema de apuntes sin el cual es imposible llegar a una determinada meta; conjuntos coherentes en su forma y alcance, para -enseguida- escaparse por la furtiva puerta que conduce al nivel donde la potencia de la imaginación gobierna las relaciones entre las partes y el todo.

El rostro y su máscara, el cuerpo y su prisión: ¿dónde está la verdad, en el color o

en su ausencia, en la textura tangible o en el espectro? El pasado y la huella, el presente y su impronta, el futuro y tanto misterio intocado, son objetos de experimentaciones orientadas a los límites y a esos múltiples disfraces que lo vulnerable de la existencia debe necesariamente adoptar para huir de riesgos mortales. Tales son los temas que aquí se tocan con el mágico acento de la creación.

El autorretrato, los estados de ánimo, las contradicciones innumerables de la vida y -al mismo tiempo- la urgencia del reconocimiento de la íntima sustancia que relaciona al espíritu con lo perecedero, conforman momentos capaces de articular un lenguaje inteligible de imágenes que, a no dudarlo, quedarán por mucho, arando el surco en el intelecto.

Situadas en el cortante borde de lo ambiguo, sus talentos no se dan la mano. Elsa y Anamaria se hacen señales indirectas -esa excelsa condición del arte- y, enseguida, parten raudas para el reencuentro con la aventura.

El ámbito que dentro de muy poco vamos a tener el privilegio de violar, está constituido por elementos provenientes de lo bueno que entrega el arte contemporáneo cuando es auténtico, legítimo y responde a la cruenta virginidad de lo genuino.

**Alejandro G. Alonso**

Crítico de arte y Periodista.

Director del Museo de la Cerámica, Castillo de la Real Fuerza de La Habana.

Agosto 1999